Mayo 31 de 1885 BUENOS AIRES Año I - Nº 42

EN LA CAPITAL

Por mes . . . . $ m/n 0.40
Por trimestre . . . . » 1.00
Número suelto. . . . . » 0.10

Vengan cien mil suscriciones
Y fuera las subvenciones

No se escapa de una zurra
El sacristan que se escurra

EN EL INTERIOR

Por mes . . . . $ m/n 0.50
Por trimestre. . . . . » 1.50
Número suelto . . . . » 0.20

Ya hemos echado colmillos
Para morder á los pillos

No consiente DON QUIJOTE
Que ninguno lo alborote

Este periodico se compra, pero no se vende

LA CORRESPONDENCIA Á NOMBRE DEL DIRECTOR | REDACCION ANONIMA | Direccion y Administracion: BUEN ORDEN 88 (altos)

Actualidad

Sarmiento, Irigoyen, Victorica, Avellaneda, Rocha; he aquí el amasijo político que se está preparando.

Mitre está observando los astros sin cuidarse del desborde.

Hasta la guardia de honor limpia sus armas y correage para dirigirse al campo de operaciones sin esperar la voz de su jefe.

En las parroquias, Miguelito mudo, y Rocha cada vez mas charlatan, hacen su presentacion.

Don Julio se encierra en el mirador de tabla que mandó construir sobre la azotea de su casa y desde allí, con las manos en los bolsillos y su gorro de pieles á lo Moscovita en la cabeza, calcula el interés que produce el dinero colocado en fondos públicos.

Alvear, en vista del paso apresurado del tiempo, empieza á escribir su testamento.

Deja el Municipio á la viuda.

El Senado al hijo que mas solícito se muestre con su madre.

La Gruta á los pájaros, y las palmeras al Dr. Plaza.

El Coronel Bosch, piensa dedicar el cuerpo de bomberos al servicio de calle y los vigilantes á la sofocacion de incendios.

El Dr. Dávila escribe una memoria sobre dragage, que leerá en el Congreso, tan pronto como se le acaben las interpelaciones, que tiene anotadas en una hoja de la cartera, de puño y letra del Dr. Rocha.

D'Amico encarga á su sastre, que le haga un bolsillo grande en la levita, para guardar en él la cartera del interior de la Nacion, el año que viene.

Gallo ajusta una imprenta para escribir política irigoyenista en compañia del Dr. Federico de la Barra.

El Presidente escribe cartas á los abogados ofreciéndoles la redaccion de «La Tribuna Nacional.»

Les ruega encarecidamente, que se pongan á su servicio en la prensa, para combatir á Rocha.

Nadie quiere, sin embargo, cargar con el muerto; el diarie aficial vivia como hoy, lleno de avisos oficiales y noticieras viejas.

Los dos Concejos Deliberantes, duermen con el arma al brazo; no se perdonan ni un estornudo.

Se multan, se rechazan, se desconocen; pero la cosa marcha.

Racedo, tiene un pié en el estribo; se nos viene con una peticion de curso forzoso y *otras yerbas*.

Tomará té con Juarez Celman y hará mientras toma el té, cálculos alegres.

Los curas piensan cebar un pavo que piensan regalarle á Miguelito.

El maiz lo compraran con el dinero á interes, que les dió Rocha.

El partido clerical se disciplina leyendo los salmos de David y ayunando.

No estan con Rocha todavia; pero no estarán con Juarez, hasta que triunfe; despues le mandarán un voto de adhesion, se cantará un *Te Deum* y adelante con la cruz.

Tejedor es el único argentino que mira con indiferencia todos estos movimientos; fuerte, porque sabe mas filosofía que todos los hombres de su triunfo, y respetado porque no se arrastra.

Es el verdadero tipo levantado, que sobrevive á las borrascas sin inmutaciones producidas por el temor ni la esperanza.

Es un desengañado, de que no existe la fuerza de principios constitucionales, que se rie de sus viejas credulidades.

Está solo; pero conserva la conciencia limpia.

Don Torcuato.

Como era de esperar, el Congreso Argentino fué el primero que rindió culto al *derecho de propiedad*.

El Municipio, como lo hemos asegurado nosotros, es una propiedad hereditaria para la familia de Alvear, y si el Congreso no hubiese reconocido en Dn. Torcnato ese derecho, se habrian presentado á reclamarlo sus herederos.

Afortunamente ha sido reelegido el señor don Torcuato, y una vez mas tendremos ocasion de prodigarle nuestros entusiastas elogios.

El Intendente Municipal tiene adoquinada por medio de sus obras una reputacion especialísima, y si dijéramos dos, no andaríamos muy equivocados.

Una de esas reputaciones es la de ser mal educado, en la cual no solamente estan contestes los diarios de Buenos Aires, y las personas, que por alguna causa tienen que echar un párrafo con don Torcuato, sino que tambien lo estan los invitados al banquete de la Exposicion de Mendoza.

Con testimonios tan numerosos y respetables, hay que creer ó reventar que el Gobernador del Municipio no debe ser bien criado.

Otra fama no menos superlativa lleva don Torcuato y esta, no está limitada á la prensa y á un número determinado de personas, sino que se estiende de norte á sud y de este á oeste de la República.

Es decir, es una reputacion que puede llamarse de notoriedad nacional, de pública voz y fama, comun opinion etc.

Estamos convencidos que el lector sabe de lo que se trata; pero si alguna duda tuviese, quedará desvanecida cuando nombremos esa reputacion por su propio nombre, que es el siguiente:

Don Torcuato es loco; respecto á este calificativo, no hay dos hombres que esten en desacuerdo en el país. Nuestro Intendente tuvo el talento de hacer resaltar esta verdad por todas partes. Sus obras, sus palabras y su mismo aspecto, ponen de relieve ante los ojos del menos observador, que si no padece de locura *furiosa*, sufre por lo menos, de locura permanente.

Forma parte de la complicada enfermedad, el vehemente deseo de tener alguna persona á quien impartir órdenes; sino tuviese á quien mandar, se moriría de fastidio.

Y no se crea que se trata de un hombre reposado, que está acostumbrado al mando y que lo ejerce con mesura; no; para mandar necesita tomar aspecto de maton, torcerse el bigote con iracundo ademan y soltar de sus agitados labios, ese talego de frases mal sonantes, que el mas incivil de los cocheros de plaza no se atrevería á pronunciar.

Es indudable que este especial Intendente, debe permanecer en el Municipio contra viento y marea.

¿Que seria del vecindario de la Capital si perdiese á su Torcuato?

No queremos ni pensarlo.

En desagravio

Hoy, que todos á porfía,
ya con manos, ya con piés
entonan su melodía,
ya en oda ya en elegía
al gran escritor francés:
Yo debo aquí protestar
contra tanto zarramplin
como se pone á ladrar
y quiero á mas declarar
cumpliendo mi noble fin;
Que si hay algun monigote
que sin respeto á la fosa
con sus *cantos* la alborote,
sobre él se va DON QUIJOTE
y le rompe alguna cosa.
Pues no se puede aguantar
que muerto ya Victor Hugo
le salga un *particular*
y convertido en verdugo
le pretenda *lapidar*.
. . . .
. . . .
Yo espero preclaro vate,
que en la tumba no ha de oir
tanto y tanto disparate,
tanto estupendo dislate
como te van á decir.
Mas si en la fosa mortuoria
penetra tanto delirio,
tanta literaria escoria,
aunque es muy grande tu gloria,
será mayor tu martirio.

La Redaccion de «Don Quijote.»

LANZADAS

Y dice «La Nacion»:

«Un ciudadano que miraba el desfile frente á los balcones de la Casa Rosada mostraba gran interés en aquellos llamándole la atencion las medallas que en mayor ó menor número, lucian sobre el pecho de los militares allí congregados.

De pronto exclamó:

—Aquel debe ser el Ministro de la Guerra.

—¿En qué lo conoce Vd?

—En que tiene el pecho pelao.»

¡Y no se hunde el hemisferio!
¡Señor, señor, que «Nacion»
Un periódico tan serio,
formalote y grandullon,
tratar así á un general!
¡A un Ministro de la Guerra!
¿Qué es lo que encuentra formal
«La Nacion» sobre la tierra?
Si ella al titeo se aplica,
¿Que es lo que yo voy á hacer?
Tu ganarás Victorica,
pues te habré de defender.
. . . .
¡Don Bartolo! si consiente
usté esas genialidades,
de fijo dirá la gente
que son *generalidades*.

***

Con el epígrafe DISTINGOS publica «La República», un artículo que empieza así:

«Hemos adelantado demasiado para que nos hallemos en el embrion del Eupharium político encadenados á las aberraciones del pasado.»

Ni aun con *distingos* se entiende esto.

Pero, hombre, ¿qué necesidad hay de escribir disparates para defender una candidatura?

***

De una biografía, ó cosa así, que publica «El Gil Blas» firmada por *Bisturi*, tomamos el siguiente párrafo:

«Nadie es capaz de suponer á pocas vistas, cuanta es la médula que existe entre esa corteza de hombre bueno, cuanto mas vivaracho.»

Pues señor, creo yo, que ni aun llamándose *Bisturi* se puede uno permitir esas cosas.

Y mas adelante dice:

«Donde quiera que haya espontaneidad en la eleccion de jefe, Gallo mandará.»

Sobre todo si tienen voto las gallinas.

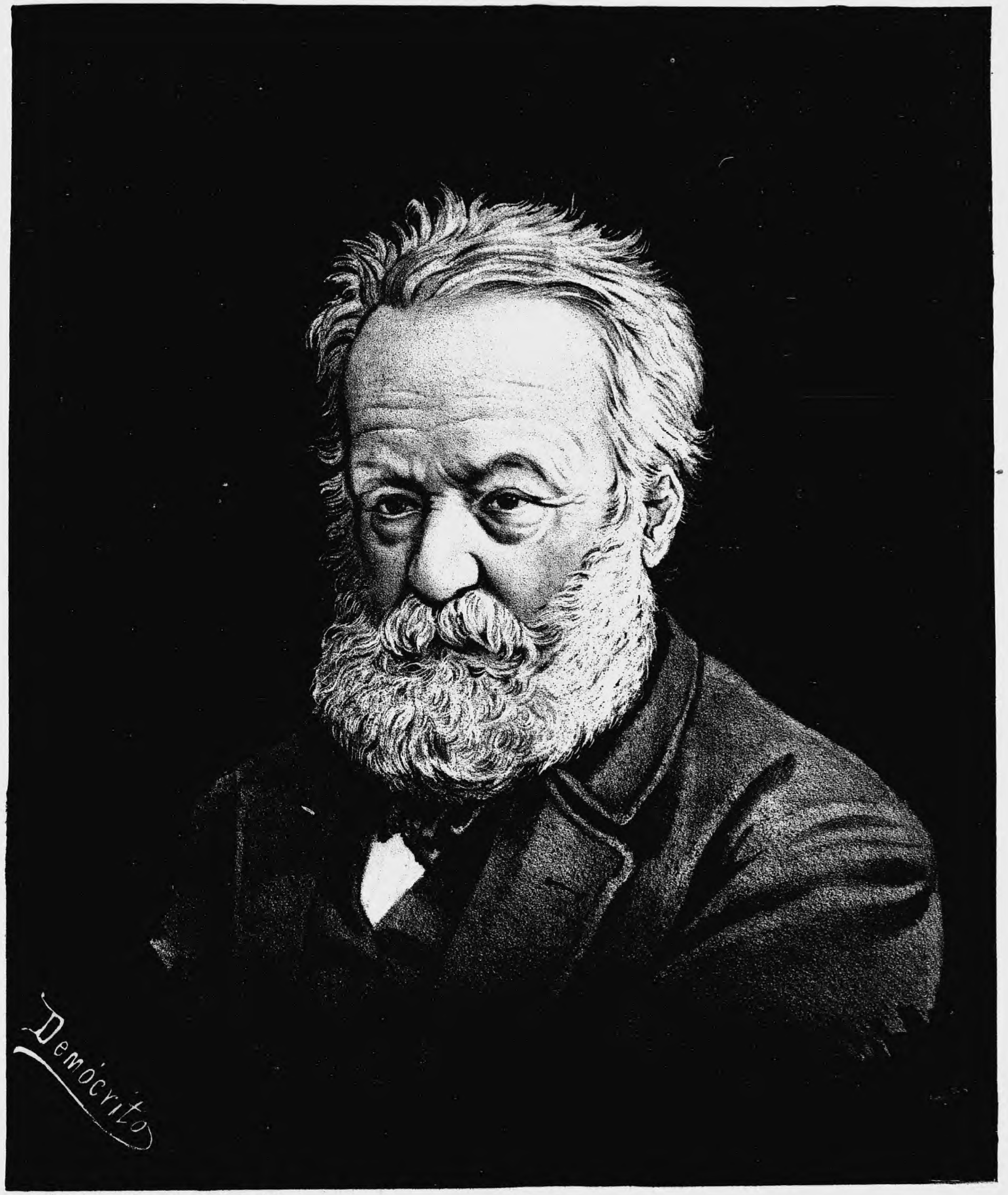
MORALEJA

Por una presidencia
dos hombres promovieron gran pendencia
ellos no se tocaron ni la ropa
quien se rompio la *crisma* fué la tropa.

IV

El dia que tu naciste
cnmplió Plaza medio siglo
y ganó el Dr. Sarmiento
la batalla del *piogito*.

Roca: Señor clérigo, con cual de esos amantes casamos a la niña?—Wilde: Civilmente, no puede ser hasta el año que viene.



LIT. ITALO PLATENSE BOLIVAR 104

Victor Hugo

VICTOR HUGO

¡Victor Hugo ha muerto!

....

Esta frase lo dice todo.

No comentaremos, pues, el duelo de la humanidad civilizada, incitando á los que, ya en verso, ya en prosa, han profanado las cenizas del poeta augusto.

Escribir sonetos, odas ó elegias al borde de la tumba del primer poeta del siglo, es el colmo de la audacia, si no es el máximun de la tonteria.

Escribir artículos necrológicos ó ditirambos encomiásticos á la memoria del autor de «Nuestra Sra. de París» y de «Los Miserables» es un acto escandaloso que no lo disculpa ni aun el ser un *génio* local.

Victor Hugo ha muerto y las musas de quienes era el favorito están de luto.

Respeten, pues, sus enamorados ese duelo.

El gran escritor francés no necesita, despues de todo, de sus elogios estrepitososs, de sus frases veneradas ni de sus consonantes forzados, para ser la gloria de este siglo y el asombro de los que han de venir.

HOMENAJE

Si como decimos en otro lugar, entendemos que es audaz, ridículo ó tonto el que dirigen á Victor Hugo los *génios* de guardoropia y los que ni aun *génio* tienen, inútil es decir que el nuestro no se parece á los de *ellos*.

El mejor homenaje que puede hacerse al escritor inmortal es copiar sus escritos.

Eso hacemos nosotros.

A continuacion publicamos un episodio sencillo, pero dramático. La muerte de un hombre de quien Victor Hugo ha hecho un héroe.

Aprendan *los génios* de *pacotilla á escribir* necrologia.

El capitan Harvey

EPISODIO HISTÓRICO

La noche del 17 de Marzo de 1870, el *Normandy* hacia su travesia habitual de Southampton á Guernesey. Una espesa bruma cubria el mar. El capitan Harvey estaba de pié en la casilla del steamer y maniobraba con precaucion, á causa de la noche y de la niebla.

El *Normandy* era un gran buque, el mas hermoso quizás de la marina de la Mancha. Seiscientas toneladas, 220 pies ingleses de largo, y 28 de ancho. Era jóven, como dicen los marinos: tenia 7 años y habia sido construido en 1863.

El capitan Harvey era sobre poco mas ó menos de la edad que contaba entonces el que escribe estas líneas; tenia patillas blancas, el rostro enérgico y la mirada franca y alegre.

La niebla espesaba, el buque habia salido de la ria de Sheerness, estaba en plena mar y avanzaba lentamente. Eran las cuatro de la mañana.

La oscuridad era absoluta, una especie de nube envolvia el vapor, y apenas se distinguian las puntas de los mástiles.

Nada tan terrible como estos navios ciegos que avanzan en la noche.

De pronto una masa negra surgió de la bruma fantasma y montaña, promontorio de sombra avanzando sobre la espuma y horadando las tinieblas. Era la *Mary*, gran buque de hélice procedente de Odessa y que llevaba rumbo á Grimsby, con un cargamento de grano. Velocidad inmensa, peso enorme. La *Mary*, avanzaba directamente sobre el *Normandy*.

La *Mary*, lanzada á todo vapor, cogió al *Normandy* por un costado y le deshizo el casco.

La averia producida en ella por el choque la detuvo. Habia en el *Normandy* veintiocho hombres de tripulacion, una muger de servicio, y veintiun pasageros, entre los cuales se contaban doce mugeres.

La sacudida fué espantosa. En un instante todos estuvieron en el puente, hombres, mugeres, y niños, medio desnudos, corriendo, gritando, llorando. El agua entraba en el interior del buque con furia espantosa. El combustible de la máquina, apagado por el agua, agonizaba.

El navio no tenia mamparas insumergibles, los cinturones de salvacion faltaban.

El capitan Harvey, de pié sobre la toldilla, gritó:

—¡Silencio y atencion! Los botes al agua! Las mugeres primero, los pasageros en seguida . . . . la tripulacion despues. Hay sesenta personas que salvar.

Eran sesenta y una, pero se olvidaba de sí.

Los botes fueron echados al agua. Todos se precipitaron á ellos. Aquella precipitacion podia hacerlos zozobrar. Ockeleford el teniente y los tres contramaestres Goodwin, Bennett y West, contuvieron aquella *multitud* frenética de terror. Dormir y despertar para morir es espantoso.

Sin embargo, por encima de aquellos gritos y de aquel ruido se oia la voz tranquila del capitan y este breve diálogo se cruzaba en las tinieblas:

—¡Maquinista Loks!

—¡Capitan!

—¿Cómo está la caldera?

—Inundada.

—¿Y el fuego?

—Apagado.

—¿Y la máquina?

—Muerta.

El capitan gritó:

—¡Teniente Ockeleford!

—Presente—respondió el interpelado.

—¿Con cuantos minutos contamos?

—Con veinte.

—Bastan—dijo el *capitan.*—Que cada *cual* se embarque por su turno. Teniente Ockeleford, ¿teneis pistolas?

—Si—contestó.

—Saltad el cráneo á todo hombre que quiera pasar antes que una mujer.

Todos callaron. Nadie se *resistió*. La *multitud* sentíase anonadada por la grandeza de aquella alma.

La *Mary* á su vez habia botado sus lanchos al mar y acudia al socorro de los náufragos.

El embarque se operó con órden y casi sin lucha. Hubo, como siempre, tristes egoismos; pero tambien, como siempre, patentes rasgos de desinterés.

Harvey, impasible en su puesto de capitan, mandaba, dominaba, dirigia, se ocupaba de todo y de todos, gobernaba con calma aquella angustia, y parecia dar órdenes á la catástrofe. Se hubiera dicho que el naufragio le obedecia.

A cierto tiempo gritó:

—Sálvate, Clemente.

Clemente era el grumete, un niño.

El buque se sumergia ya en la profundidad de las aguas.

El transporte de la *Normandy* á la *Mary* se hacia cada vez con mas rapidez.

Apresuraos—esclamó el capitan.

Al espirar los veintes minutos, el vapor se eclipsó.

La proa se undió poco á poco, despues la popa.

El capitan Harvey, de pié sobre la toldilla, no hizo un gesto, no pronunció una sola palabra, y se sumergió en el abismo. Solo se vió á traves de la bruma la siniestra sombra del buque perderse para siempre entre las olas.

Tal fué el trágico fin del capitan Harvey.

Que desde el cielo reciba el adios del que en una ocasion solemne obtuvo hospitalidad en el buque que le sirvió de tumba. Ningun marino de la Mancha le igualaba en grandeza. Despues de haberse impuesto toda su vida el deber de ser un hombre, usó al morir el derecho de ser un héroe.

Victor Hugo.

EN EL MAR

—¿Por qué; cuando á la luz del sol poniente,
vogamos en la trémula barquilla,
oyendo como canta el hombre débil
y como el poderoso mar suspira;
Cuando al abrigo de las blancas velas,
nos sentamos los dos y allí en la sombra,
parece que á las tímidas estrellas
su naciente fulgor tus ojos roban;
Cuando juntos leemos vida mia,
lo que en el mar y el [illegible] lo Dios escribe,
¿por qué mi inquieto corazon suspira?
¿por qué tus labios de coral sonrien?
Cuando las olas se hinchan, llena mi alma
como copa de hiel el pensamiento,
¿por qué los remos miro yo y las aguas
mientras contemplas tú los altos cielos?
¿Por qué yo miro las sombrías olas
y miras tú los luminosos astros?
¿Por qué yo cuento sus oscuras sombras
mientras tu cuentas sus fulgentes rayos?
Todos los hombres, sin descanso, reman
en el bajel que el cielo les depara;
todos los hombres labran, todos siembran,
en fondo esteril cual la mar salada.
En noche oscura, sobre mar bravia
voga el mortal el viento lo combate;
la esperanza cual agua fugitiva
huye por las grietas de su nave.
Su vela que contrario el viento azota
en girones se rasga á cada paso,
á desviar la combatida proa
ó á detenerla viene nuevo obstáculo.
A tus ojos, oh Dios! todo se mueve;
donde quiera que figes tu mirada,
una ola en todas partes rueda siempre,
un hombre en todas partes siempre marcha.
Tu ¿donde vás?—Hácia el alegre dia;
¿Y tú?—Yo voy hácia la noche lóbrega;
¿Y tú?—Yo pienso do el mortal camina
¿Y tú?—Busco el amor. ?Y tú?—La gloria.
¡Todos vais á la tumba! vuestra senda
en lo desconocido vá á perderse;
buitre, paloma ó águila os espera
en losa que se cierra para siempre.
Vais, donde todo vá, dó con su gloria
van los grandes del mundo y van las flores,
vosotros vais á donde vá la aurora,
vosotros vais á donde vá la noche.
¿Para qué? ¿Para qué tantos afanes?
bebed el agua del arroyo fresco,
coged los dulces frutos de los árboles,
amad, y en santa paz adormeceos.
Tras una vida de anhelar continuo,
¿el galardon sabeis que ofrece el mundo?
para todas las cosas, al olvido;
para todos los hombres, el sepulcro.
Apenas cogió el fruto nuestra mano
Dios nos lo arranca; apágate diciéndole
á la luz; á las flores, marchitaos;
estréllate al bajel; y al hombre ¡muere!
Él, al guerrero vencedor le dice:
sube, sube á la gloria; rey del siglo,
en la mas alta cumbre, mas horrible
se abre á tus pies, el hondo precipicio.
El dice á la mujer: deslumbra
á ese amador que tu beldad cautiva,
se tan solo un instante lumbre pura,
porque luego has de ser siempre ceniza.
Hombre, la ley que en vano has combatido,
á su yugo doblar hace tu cuello,
hombre, quéjate á Dios que hizo á su arbitrio,
al cielo grande y al mortal pequeño.
Y mientras todos van, duden ó nieguen,
luchando y reluchando, sigue acorde
su ley el universo eternamente
como ironía al malestar del hombre.
Los falsos bienes que el mortal envidia,
huyen como una brisa pasagera,
todo en la nada se hunde; de la vida
escepto haber amado ¿Qué nos queda?
Por eso hácia las olas yo me inclino,
mientras elevas tú, la frente al cielo
y escucho silencioso y pensativo,
lo que me dice el mar con ronco acento.
Con secreto pavor yo le pregunto,
con llorosos gemidos me contesta,
y al sondear el piélago profundo,
impuro barro y cieno hallo dó quiera.
No hagas tú como yó: deja que clave
triste los ojos en el mar, tranquila
levántalos al cielo, como un ángel,
allí la luz de la esperanza brilla.
Mira, mira el radiante firmamento;
involuntario instinto hácia él te eleva,
tú ves sonreir á Dios allá en cielo,
y yo al hombre llorar veo en la tierra!

Victor Hugo.